

CARMEN GASSET LORING. *IN MEMORIAM*

DESIDERIO VAQUERIZO GIL

DIRECTOR

El pasado 17 de agosto de 2006 se nos moría, agotada, después de lo que eufemísticamente se ha dado en llamar “una larga enfermedad”, Carmen Gasset Loring, una mujer buena, en el sentido más amplio de ambas palabras, que a su altura intelectual y sus inquietudes sociales, humanísticas y científicas, unió una calidad humana sin parangón. Carmen fue bella por fuera y también por dentro, haciendo suya la máxima de Marco Aurelio, el emperador filósofo, en sus *Meditaciones*, que ella misma eligió para destacarla en la web de la Fundación que presidió: *No vivas como si tuvieses mil años por delante. El destino está a un paso, hazte bueno mientras la vida y la fuerza son todavía tuyas.*

Por mi parte, me congratulo de haber contado con su amistad y su ejemplo, que no olvidaré. Carmen era bien consciente de la gravedad de su enfermedad, cuyos síntomas, evidentes, la iban mermando de manera progresiva. Quizá lo más duro de aceptar fue la pérdida de la vista. Aun así, la última vez que hablamos se mostraba casi ilusionada porque iba a empezar a aprender braille, lo que le permitiría no abandonar la que siempre fue una de sus grandes pasiones: la lectura; porque podía concebir la vida sin sus ojos (lo que ya es duro de por sí), pero no sin volver a experimentar el placer íntimo de enfrentarse a solas con tanta sabiduría encerrada en los libros. Entera, siempre entera. Humilde y digna, aceptando con resignación, pero también con coraje, lo que a cualquier otro le hubiera



sumido en el pozo negro de la desesperanza. Noble y abnegada hasta la extenuación, en un ejercicio de superación y crecimiento personales ante la terrible adversidad que se le venía encima que emociona, admira y estremece. ¡Bravo, Carmen! Sólo siento que no ganaras la batalla; aunque en el fondo sí

que lo hiciste: moriste como viviste, rodeada por los tuyos, querida por todos, admirada por cuantos te conocimos.

Es habitual que tras la desaparición de una persona se canten sus alabanzas, en un ejercicio de *laudatio* que no hace sino reproducir prácticas ya antiguas, plenamente vigentes en la cultura romana, que Carmen tanto amó. Después de su fallecimiento han sido muchas las voces que lo han hecho, por lo que yo no quiero pecar de redundante en exceso. Mi homenaje es más personal que institucional, dado el respeto y el cariño que le profesaba, que nos profesábamos. Con todo, es importante también dejar constancia de algunos de sus méritos (de todos, haría la relación interminable), para que quien se acerque a estas líneas sepa de la importante labor que esta mujer desempeñó en la promoción de la arqueología clásica en España, particularmente en lo que se refiere a la arqueología emeritense. Contribuyeron a ello, sin duda, sus fuertes lazos con Extremadura, herencia privilegiada de sus antepasados familiares, entre los que se contó el conde de Campomanes, preocupado ya por estos temas desde tiempos de Carlos III.

Carmen, licenciada en Filosofía y Letras, fue una mujer inquieta, que admiraba la Antigüedad Clásica, y que atesoraba una formación cultural envidiable, cimentada, como ya antes adelantaba, en su amor sin límites a la lectura, a los autores clásicos, a la Edad de Oro. Desde esta firme posición intelectual, y aprovechando sus magníficas relaciones sociales, que alcanzaban hasta la Casa Real española, Carmen dio luz en 1996 a la Fundación de Estudios Romanos (<http://www.fuer.org/>), de la que se ha mantenido al frente hasta el mismo día de su muerte, contando en la presidencia de honor del Patronato con Su Majestad la Reina Dña. Sofía. Desde la Fundación, Carmen consiguió potenciar la investigación (centrada, fundamentalmente, en *Emerita Augusta*), logrando el mecenazgo, hasta entonces impensable, de gentes de la empresa y de la cultura, comprometidos en una divulgación de calidad del legado de la cultura clásica en España que se ha hecho notar desde múltiples puntos de vista. Cursos y ciclos de conferencias, seminarios y coloquios, exposiciones y muestras, conciertos, premios, iluminación de monumentos, apoyo a la artesanía, colaboración con docentes de los primeros ciclos formativos, organización de viajes, becas y ayudas a la investigación, publicaciones, convenios, etc., conforman un rosario casi interminable de actividades que dan idea de la pasión que Carmen imprimió a todo lo que hizo, que marcaba su propia personalidad, contagiando a cuantos la conocían.

Pero su compromiso con Mérida y su arqueología no paró ahí. Carmen trabajó siempre en colaboración con el Consorcio Monumental de la ciudad y con el Museo Nacional de Arte Romano, cuya Asociación de Amigos también presidió, desarrollando

una incansable labor de promoción de sus fondos y de sus tareas que ha contribuido a convertir Mérida en una de las capitales indiscutibles de la arqueología en España. Sin olvidar, en ningún momento, las relaciones con la vecina Portugal: Carmen persiguió desde primera hora el encuentro cultural con los que en tiempos romanos formaron parte de la misma unidad político-administrativa (*provincia Lusitania*), y con ellos apoyó numerosas iniciativas, como el *Atlas de la Lusitania romana*, o diversas exposiciones (la más reciente, *Imágenes y mensajes. Esculturas romanas del Museo de Évora*, sobre el legado clásico en esta importante ciudad portuguesa).

Carmen fue incansable. Lograba entusiasmar a toda persona que le diera la oportunidad de escucharla; pero, además, era una mujer de enorme altura moral, sólidos fundamentos cristianos, y lealtades a prueba de bomba. Yo tuve ocasión de conocerla cuando en 1992 organizamos en Córdoba un simposio internacional sobre las relaciones entre el sur de Italia y la Península Ibérica, en homenaje al profesor Emanuele Greco. Ella, que por entonces no contaba aún con el amparo de la Fundación, acudió en calidad de interesada, y la simpatía entre ambos fue instantánea. Desde entonces, y a pesar de que no nos veíamos todo lo que nos hubiera gustado, procuramos mantener la amistad y el contacto, hasta pocos días antes de su muerte. Alguna vez acudí a Mérida a dictar conferencias para la Asociación de Amigos del Museo y allí tuve la ocasión de disfrutar de su presencia y de su saber hacer; sin embargo, de mi relación con Carmen guardo un recuerdo muy especial y muy reciente, que permanecerá para siempre en el fondo de mi corazón, inalterado e inalterable. A finales de junio de 2005 (sólo unas semanas

después de organizar un acto similar en Mérida, en colaboración como siempre con el Museo Nacional de Arte Romano), tras remover influencias y contactos personales, me ofreció la posibilidad de presentar en Madrid, en el marco de la Fundación Ortega y Gasset, mi primera novela (histórica), que ella había leído y que me ponderaba sin cesar, probablemente más guiada por el cariño que por la objetividad. Aquella tarde, la sala de la Fundación estaba a reventar, y en la mesa me acompañaron D. Antonio Garrigues Walker y la propia Carmen, que hizo un elogio de mi persona y de mi obra tan generosos como ella misma. Siempre recordaré cómo relampagueaba el verde hermosísimo de sus ojos, animados en todo momento por la curiosidad, el ansia de aprender, la pasión de vivir.

Gracias, Carmen. Contigo se nos va otro pedacito de nuestras vidas (empiezan a ser demasiados). Allá donde estés, no me cabe duda de que pondrás a trabajar a

todo el mundo y conseguirás insuflarles tu ánimo, tu espíritu de superación, tus ansias de aprender. Aquí abajo, mientras estemos quienes te conocimos, te echaremos de menos. Y, después, quedará siempre el testimonio de tu obra.

Aunque sólo sea metafóricamente, deja que te dedique uno de esos *tituli sepulchrali* romanos que tanto admirabas y que con mucha frecuencia (en eso también estabas de acuerdo conmigo) supieron reflejar el dolor y la ausencia con grandeza, contención y contundencia desacostumbradas.

«*Sparge mero cineres bene olentis et in guine nardi, hospes, et adde rosis balsama puniceis. Perpetuum mihi ver agit inlacrimabilis urna et commutævi saecula, non obii*» (Suetonio, *Epit.* XXXI).

Descansa en paz, Carmen. Que la tierra te sea ligera, y encuentres más allá de la Laguna Estigia almas afines que te hagan la eternidad más llevadera.